

Notas y Comunicaciones

EL CONOCIMIENTO HISTORICO OBJETIVO SEGUN RANKE *

EDUARDO HOURCADE **

Volver a Ranke, en nuestro medio, puede parecer ejercicio un tanto ocioso, dado que resulta opinión generalizada que la obra del historiador alemán del siglo XIX, debe ser abandonada a un olvido más o menos respetuoso. Han sido demasiadas las críticas dirigidas a su concepción del conocimiento como para que sus indicaciones puedan ser consideradas de algún valor; pero no obstante la riada de tales críticas, la figura de Ranke mantiene una especial significación hasta hoy, en tanto hito includible a la hora de reflexionar sobre el oficio del historiador del siglo XX. Es que Ranke se empeñó en afirmar un tipo de control sobre su objeto que tuvo la virtud de mostrarse más duradera que sus productos, dado que aún conserva el enorme interés que supo despertar antaño, entre todos aquellos que continúan la práctica historiadora.

Es por ello que la historiografía de nuestros días experimenta frente a la figura de Ranke una sensación algo incómoda, como consecuencia de que, si bien por un lado, la recusación metodológica resulta ampliamente compartida, por otro, no hay más remedio que reconocer que el programa *profesional* diseñado por él mismo en un punto crucial se mantiene en pie: la procura de la llamada "objetividad", dicho esto en el sentido que se acepta la existencia de un "real-histórico", de lo que deviene que la historia, antes que nada sea su adecuada reconstrucción. Si existe una afirmación capaz de resumir la identidad de oficio de la corporación historiadora pienso que, antes que otras muchas, ella sería el siempre recordado aserto rankeano: "*lo que exactamente sucedió*" (según es frecuente encontrarlo traducido). Por eso tal vez valga la pena hacer una reflexión algo más detenida sobre los predicados posibles de apreciar en el mismo Ranke respecto del tema, especialmente porque creo algo problemático pensar que sea sencillo separar la fundación de un orden de prácticas profesionales de los instrumentos a través de los cuáles el mismo se ha ido objetivando.

Recordaré, entonces, cuando fue pronunciada. En 1824, Ranke prologaba su primera obra importante, *Historia de los pueblos Latinos y Germánicos*, que se convirtiera en un hito para la moderna práctica de la historia por sus procedimientos críticos; el joven autor intentaba poner distancias con modalidades de la filosofía de la

**Universidad Nacional de Rosario

historia que campeaban en el ambiente que lo rodeaba. En el Prólogo se reseñaba todo un programa metódico cuyas líneas más conocidas son las siguientes:

"Se ha dicho que la historia tiene por misión enjuiciar el pasado e intruir el presente en beneficio del futuro. Misión ambiciosa, en verdad, que este ensayo nuestro no se arroga. Nuestra pretensión, es más modesta: tratamos, simplemente, de exponer como ocurrieron, en realidad, las cosas". (1)

Subrayo que el mismo Ranke debió encubrir por medio de una envoltura de "modestia" todo lo que estaba en juego en la pretensión de conocer aquello que fue "en realidad". Toda la aparente simpleza de la operación fue oportunamente revisada por H. White (2), quien llama la atención acerca de lo que determina al realismo rankeano. Pero más allá de las largamente discutidas proposiciones de White, persiste como cuestión de interés tratar de restituir los contenidos de la concepción de objetividad en el historiador alemán; porque puede sostenerse que una consideración demasiado escueta de sus argumentos ha exagerado el alcance de la postura rankeana asimilándolo a las concepciones de un positivismo más fuertemente cuasi-naturalista en lo que hace a su teoría del conocimiento histórico.

Creo que el mismo Ranke contribuyó a dar impulso a quienes piensan de este modo, al escribir en correspondencia privada al rey de Baviera, Maximiliano II a fines de 1859, una serie de opiniones que pueden, si se quiere, ser leídas como una expresión, casi ideal-típica, de lo que suele llamarse objetivismo:

"El ideal de la historiografía sería que el sujeto pudiera convertirse, simplemente, en órgano del objeto, o sea de la ciencia misma, sin que las limitaciones naturales o fortuitas de la existencia humana le impidieran conocer y exponer la verdad entera"(3)

Aunque luego no vuelva sobre ello, apunto que sea tenido presente que Ranke no tuvo responsabilidad sobre la publicidad de dichas notas, cuya difusión pública, probablemente, nunca imaginó. De todos modos, mi intención es establecer un cuadro de registros más amplio de sus escritos, especialmente de juventud, en los que enunciaba con cierto detalle la programática que intentaba poner en obra. Me referiré, además del citado "prólogo", a dos artículos de la década del treinta. Ellos son: "Historia y Filosofía" e "Historia y Política". El primero también fue conocido después de su muerte, y puede ser fechado con alguna certeza en la década indicada; en cuanto al segundo, con el título completo "Sobre las afinidades y las diferencias existentes entre la Historia y la Política", fue pronunciado como discurso inaugural de la cátedra de Historia de la Universidad de Berlín, en 1836. (4)

Volviendo al mencionado prólogo de 1824, podemos apreciar que lo primero que lo va a ocupar es una sumariación de lo que denomina su "punto de vista" y donde queda bien clara su percepción del modo en que tal perspectiva incidirá en la obra. "El propósito de un historiador depende de su punto de vista", indica Ranke a sus lectores, reconociendo lo que hace posible la definición de un campo conceptual y la emergencia

de un problema en donde la operación periodizadora toma cuerpo. Veamos cuales son estos conceptos y períodos.

"En primer lugar, concebimos las naciones latinas y germánicas como formando unidad". Por un largo período histórico, dichos pueblos han confluído en trayectorias concordantes, unidad externa, unidad de su aparecer en el mundo que se fundamenta en una *"afinidad de origen"*, la que alcanzado un punto ha comenzado a escindirse por *"un doble movimiento de oposición"*, religioso y político, hasta configurar dos bandos que se enfrentarán permanentemente, fundando el comienzo y el sentido de toda la *"historia moderna"*. Precisamente, resulta del hecho que Ranke decida ocuparse de esta historia moderna, la posibilidad de emanciparse de los modelos de historia del pasado, obteniendo mayor libertad para forjar su sistema de nociones. Definida la historia moderna como el momento de la pugna, de la negación de la indiferencia unidad originaria, el historiador podrá instalarse en un campo novedoso donde pueblos, potencias e individuos ensayan afirmar su particularidad, su forma propia de la existencia con arreglo a orientaciones que les son específicas, lo que tiene como resultado sucesivos intentos por imponerse sobre aquellos otros que se han convertido en distintos. Pero toda esta confrontación no importa una disolución del plexo colectivo que los ha contenido durante la historia premoderna, sino que resulta ser su elevación a momento superior, donde la aspiración a la unidad será el resorte no tan visible que sostiene cada uno de esos reiterados impulsos de determinar el destino del conjunto, al tiempo que afina los rasgos propios.

De manera que, en rigor, el método del historiador que asume la unidad latino-germánica se especifica al organizar sus materiales desde este "punto de vista" que impone sus peculiares efectos; a la manera de un teatro donde el protagonismo fuese variando de cuadro en cuadro, *"hemos preferido poner de manifiesto minuciosamente lo que fue cada pueblo, cada potencia, cada individuo en el momento que aparece en escena de un modo activo o con un papel dirigente"*. Vale decir que la superior preocupación del historiador por los desarrollos en los ámbitos donde se condensan las decisiones de mayor incidencia sobre la vida colectiva amerita su privilegio en que allí se espeja con toda la fuerza el empuje de los órdenes confrontados. El espacio político estatal debe su especial atención a que él mismo viene a constituir -aunque Ranke no lo diga con estas palabras-, la instancia de autorreconocimiento y, por ende, de ejercicio voluntario del principio específico que alienta confusamente presentido en cada pueblo.

Esta sistematización se acota, a fina su periodización, sobre lo que Ranke da en llamar *"el comienzo de la historia moderna"*, donde será estudiada la génesis del doble movimiento opositor ya citado; tres distintas series son posibles de ser distinguidas para recortar el objeto. La primera está referida a Italia *"que puede ser considerada tal vez una potencia dominante ya que tiene en su seno al papa"*; pasa luego a la unificación de la corona Habsburgo y su impulso (español) de combate ante el infiel. Finalmente, el tercer actor será Francia, cuyas acciones definen cronológicamente al período (1494-1535). Pero no falta un espacio para los *"antecedentes"*, que contiene al conflicto medieval de Papado e Imperio y a las *"guerras generales en el interior de las naciones"*

que se aprecia entre los siglos XIV y XV, hasta que logre abrirse paso un contradictorio avatar de integración de las naciones, que surgen con nuevas fisonomías y dispuestos a iniciar empresas particulares, pero de alcance mayor, en el que se acentuará lo propio. *"Nada revela mejor la unidad de un pueblo que una empresa común"*. Los pueblos van así explorando sus derroteros, aunque a veces los trace la *"mano de Dios que se levanta sobre ellos"*.

La divinidad rankeana no tiene como misión modelar la acción colectiva, ni tampoco es el recurso que permite resignarse ante los desenvolvimientos fatales, en el estilo de la Fortuna de los latinos, pero sin embargo es fundamento y testigo de todo el desarrollo humano, y su papel es crucial al modo de concebir la reconstrucción historiográfica.

Bajo esta estructura general, el imaginario del autor ubica las que define como leyes supremas del historiador. En primer lugar, la exposición rigurosa de los hechos *"por muy condicionados y carentes de belleza que estos sean"*; el segundo imperativo nos *"somete al desarrollo de la unidad y trayectoria de los acontecimientos"*. Los recursos utilizados para obedecer la suprema ley que se imponía (y además impuso a quien pisan su huella, este Licurgo de la ciudad de los historiadores), terminaron constituyendo la gran novedad. Al decir de Gooch (5), *"si el principio de la era crítica se suele fechar en 1824, fecha de la publicación de la primera obra de Ranke, ello se debe más al apéndice técnico que a la narración"*. Tal vez ahora sea posible medir un poco mejor la propia invención rankeana, pues este en modo alguno pretendió decir que la prolijidad en la búsqueda y crítica erudita de los materiales constituían el soporte de una construcción historiográfica; antes bien, como entiendo queda claramente señalado, la composición del historiador, la síntesis, depende del "punto de vista". Nada más lejos de una disolución del sujeto en tren objetivista.

Si pasamos al antes mencionado *"Historia y filosofía"*, allí reparte en terrenos distintos a una *"filosofía poco meditada"*, la filosofía de la historia (con especial referencia a Fichte), dado que parte de concepciones apriorísticas para reconstruir el proceso de elaboración intelectual de la humanidad; por el contrario, la historia intenta lo mismo, pero prescindiendo del apriori arbitrario y de base abstracta que da forma a los contenidos, pues prefiere un sendero de conocimiento hacia lo concreto. No obstante, *tampoco tienen razón los historiadores "que sólo ven en la misma una inmensa amalgama de hechos retenidos en la memoria"*. En el historiador deben convivir el sentido de lo concreto y el placer por los detalles, que deberán apreciarse *"sin ningún fin ulterior"*. Aunque a continuación debe *"levantar su mirada a lo general"*, pues a la postre todos los asuntos del mundo, concatenados, tienden a confluír en un movimiento de conjunto, que no se deriva del dibujo general de una filosofía abstracta, sino que se deja ver en la forma en que los detalles conducen hacia el todo.

El índice decisivo de dicha percepción vendrá dado por el movimiento de los pueblos, especialmente cuando uno de ellos se destaca y ejerce poder sobre los demás, pues allí se hallan contenido mucho más que la fuerza bruta o su iniciativa para la acción, pues *"el poder de por sí no es otra cosa que la forma de manifestarse del*

contenido espiritual, un genio propio". Y allí emerge la cabal misión de la historia: observar la riqueza de despliegues del espíritu que por su complejidad resulta imposible de reducir a conceptos.

Dicha riqueza, que rellena por completo la vida de la humanidad necesitará para su aprensión de prolongado entrenamiento y paciencias, pero también contiene algo de una escala diferente a la comprensión humana. En "*Historia y Política*" se pregunta:

"Cuando se logra intuir con segura confianza en uno mismo o incluso llegar a conocer perfectamente, gracias a la sagacidad de la mirada, aguzada a fuerza de ver, hacia donde marcha la humanidad en cada una de sus épocas, ¿No es esto, en cierto modo, una parte de la sabiduría divina? En ella, precisamente pretendemos penetrar con ayuda de la historia, y esta ambición constituye el norte de las aspiraciones de la ciencia histórica."(6)

Podemos ver ahora adonde nos conducía la modestia de Ranke. Las relaciones entre su concepción cognoscitiva y una cierta concepción de la divinidad son muy fuertes a la hora de asegurar la composición unitaria, que en rigor sólo podría ser apreciada desde el punto de vista de la divinidad. Se me ocurre que, a la hora de la "crisis de los paradigmas", tiene algún interés recordar que el gran inculcado de los fundadores del programa cuasi-naturalista, se cuidaba bastante mejor que algunos de sus acusadores de buscar principios anteriores en que apoyarse. Agreguemos, de paso, que en el mismo texto se incluye una referencia a la ciencia natural que se ofrece como homóloga a la ciencia histórica, siempre y cuando aspirara a "*remontarse a la fuente interior de la naturaleza de la que todo brota.*" Para completar esta breve comunicación, sólo nos falta decir que no hubo cambios demasiado notables al respecto, en los años maduros de su producción, aunque tal vez un ánimo menos dispuesto a proclamar tan claramente sus opiniones y una mayor confianza en lo que rezumaban las fuentes, al compás de la victoria cientificista del siglo, que él mismo encarnaba de manera tan paradójica.

Podría pensarse que Ranke logró un impresionante impacto, aunque un tanto contra su voluntad. El programa cognoscitivo de "lo que exactamente sucedió" y la historia objetiva resultan generalmente aceptados aunque los recursos con los que se intente alcanzarlos estén muy lejos de los que Ranke imaginó. Constituye tanto la base de una práctica del oficio, como la del sentido común de las gentes que fuera del oficio esperan que la misma les proporcione un conocimiento confiable del pasado. Pero podemos abrigar algunas dudas a que Ranke lo hubiera suscripto por completo.

NOTAS

* La presente comunicación corresponde a una investigación en curso sobre teorías del conocimiento histórico del siglo XIX.

- (1) Op. Cit., F.C.E., Méjico, 1948, pág.38.
- (2) WHITE, H. *Metahistory*, J.H.U.P., Baltimore, 1975.
- (3) RANKE, L., *Pueblos y Estados en la Historia Moderna*, F.C.E., Méjico, 1948, pág. 523.
- (4) RANKE, L. *idem*, pág.509 y ss.
- (5) GOOCH, C. *Historia e Historiadores en el siglo XIX*. F.C.E., Méjico, 1942.
- (6) RANKE, L. *Pueblos y Estados....*, pág.511.